
LA CIVILIZACION CATOLICA:

"LA CIVILIZACION CATOLICA."

"EL LIBERALISMO EN LA LENGUA"

DIATRIVA DE JUAN L. MERA. TEOFRASTO CONTRA EL
SOR. J. M. GUTIERREZ.

*Sine studio et ira, quorum causas
procul habeo.—Tacitus ann. L. 1, °*

No conozco al Sor. Gutierrez: ni aun su nombre hasta ahora ha llegado á mis oídos. ¿Es esto una falta? no lo creo, pues siendo yo de Italia, en donde reina la literatura más antigua de las que viven sobre la tierra, no he creído conveniente engalanar el rostro severo de una literatura anciana con las flores delicadas y exóticas de la joven literatura de Sud-América. No conozco al Sor. Gutierrez, ni quiero conocerle en cuanto á su liberalismo enemigo de la libertad de los *escritores ascéticos y publicistas teólogos*; por esto escribiendo en favor de las cinco primeras proposiciones de él, contra las cuales se desencadena el académico Teofrasto en el primer número de "La Civilización Católica", periódico de Quito, escribo según mis convicciones apoyadas en la autoridad de los escritores antiguos y modernos más esclarecidos. Conozco en vez al Sor. Teofrasto; conozco su Religión católica, sus immaculadas costumbres domésticas, sus trabajos enormes para llegar á ser uno de los escritores más castizos del Ecuador, y quizás de Sud-América; le conozco, respeto y amo; y por esto quiero que él no se introduzca en el santuario de la Etnografía, en donde, según manifiesta con su artículo, es del todo profano; á fin de que no se diga de él lo que él dice del Sor. J. M. Gutierrez que, en lugar de ser una estrella del ho-

nizante literario del Ecuador, sea un farol atado á la cola de una cometa. Conque, estrechando amistosamente la mano al Sor. Teofrasto, entro en materia.

Ante todo, es preciso advertir al Sor. Teofrasto, que, para que él sea civilizador católico, no ha de ser más severo para con los pecadores de lo que es Dios. Supongamos que el Sor. Gutiérrez, hablando de las condiciones de la lengua castellana en la república del Plata, haya cometido un pecado mortal por la fragilidad de la naturaleza humana, ¿y por qué arrojarle derepente al infierno, cuando Dios *dissimulat peccata hominum propter poenitentiam*? Conque, un yerro que sale de la boca de un sabio le vuelve tonto; y, por una ley que *respicit retro*, le hace perder todo el mérito que tenía ántes? ¡Ah! mi querido Teofrasto, si todas las caídas hiciesen quebrar las piernas, todo hombre fuera cojo. ¿Cuál sabio de la tierra no ha faltado en algun punto? ¿y por esto hemos de decir que sea majadero? Santo Tomás de Aquino, la primera lógica de todos los siglos, habla siempre con respeto aun de Arrio, de Entíquetes y de Nectorio; y si una vez dice *impius Arrius*, no lo dice para mofarse del autor de la Atalía, sino para manifestar que él negaba la Divinidad de Jesucristo. Aun el sol tiene sus manchas, sin embargo no deja de ser el astro más resplandeciente de nuestro sistema planetario. Acuértese Ud. que el optimismo es la mayor utopía de la soberbia humana. Considere, pues, qué sinrazon ha sido la suya contra el Sor. Gutiérrez: y ahora ¿qué he de decir de lo que Ud. dice contra el Sor. Villemain?

El Sor. Gutiérrez estaba sostenido por las alas de un genio, por las del águila de los escritores de Francia, en Literatura, hablo de Villemain: y por esto era preciso que el Sor. Teofrasto hiciese caer con un soplo desde el zenit del horizonte literario hasta el nadir á Villemain, para arrojar en el cieno á Gutiérrez. Su soplo ha tomado la forma de un entimema, que es la forma especial de todos los que no pudiendo cimentar la verdad de la consecuencia sobre una verdad absoluta, brincan con la mayor facilidad del mundo de un particular al otro. El entimema del Sor. Teofrasto, es este. Villemain hablaba

do de la literatura española en la obra que intituló: *Essais sur le génie de Pindar et sur la poésie lyrique* &c. ha incurrido en equivocaciones de tomo y lomo; luego ha hecho un disparate teniendo á Gutiérrez por una estrella del horizonte literario de Sud-América. El Sor. Teofrasto ha de saber muy bien que la regla principal del entimema es que la mayor se entienda á las claras con sólo la enunciacion de la menor y consecuente. Y no vec cuál podria ser la cabeza de su silogismo decapitado. Mas hagamos esfuerzos; pongamos los sesos en el alambique para volver la cabeza al tronco del silogismo del Sor. Teofrasto, y veremos brotar, como hongo, un monstruo horaciano. La mayor á mí me parece, *aut ego fallor?* que sera esta: el que incurre en equivocaciones una vez, se equivoca siempre: así sólo se puede resumir completamente el argumento acéfalo teofrástico; así sólo se puede inferir: mas Villemain se ha equivocado hablando de la literatura española; luego se ha equivocado juzgando del mérito de Gutiérrez. Dios mio ¿qué manera de razonar es esta? En toda mi vida no he encontrado un principio mas tuerto, ni una menor más despojada de razones, ni una consecuencia más arbitraria.

Pero no es este el campo en donde yo pigmeo quiero acometer á mi Titan Teofrasto: el campo está trazado por él mismo, cuando hace el resumen de las proposiciones del Sor. Gutiérrez que mayormente le han aguijado. Vamos á ver quién ha tomado la nube por Juno, si Gutiérrez ó Teofrasto.

La primera proposicion del escritor argentino es esta: *Desde principios de este siglo, la forma de gobierno que se han dado los hijos de la Plata, abrió de par en par las puertas del país á las influencias de la Europa entera, y desde entonces, las lenguas extrangeras, las ideas y costumbres que ellas representan y traen consigo, han tomado carta de ciudadanía entre los argentinos.*

Con esta primera proposicion hermana la segunda que dice: *Los diferentes sonidos y modos de expresion han cosmopolitizado su oido, y la inhabilitan para intentar siquiera la inmovilidad de la lengua nacional.* A estas palabras meramente históricas, el Sor. Teofrasto, como si

fuera bajado de las nubes, contesta con una mera letanía de preguntas, no sabiendo concebir de qué manera en la Plata pueda existir un habla que no sea ni española, ni francesa, ni inglesa, ni italiana, ni alemana; y acaba negando redondamente la posibilidad de la existencia de una lengua que sea el resultado de la mezcla de muchas lenguas. Amigo Teofrasto, contra el hecho la razón no vale. El Sor. Gutiérrez no hace otra cosa sino manifestar un hecho, y es que en la Plata, desde más de medio siglo, está aconteciendo una mezcla de lenguas; y que los oídos de todos están ya acostumbrados á diferentes sonidos y modos de expresión. Ud. no negando este hecho, niega la posibilidad del mismo: ¿y esto qué quiere decir? Que Ud. reniega de un principio absoluto, esto es *ab esse ad posse valet illatio*. Pero, cuidado, Sor. Civilizador católico, pues Ud. no solamente reniega de un principio filosófico, sino de la misma Sagrada Escritura cuando habla de la confusión babilónica, de donde se han desprendido todas las lenguas del mundo; y también de las lenguas italiana, francesa y castellana que han sido el producto de la confusión de muchísimas lenguas. Ni haga Ud. maravillas diciendo: ¿Qué habla será la que llegue á ser órgano de las ideas ciudadanizadas en la República del Plata? Pues si la misma habla castellana, que Ud. quiere inmovilizar, es tan hermosa, mientras ha sido engendrada por una mezcla de dialectos bárbaros; hemos de esperar que más bella salga un habla que tiene su origen en una mezcla de lenguas elegantes y puras. Una lengua hija de esta especie, disfrutaría de todas las riquezas de sus lenguas madres; y entonces el desarrollo de las ideas fuera inmenso. Ciertamente, que de cualquiera confusión de lenguas no puede salir de frente, sino un dialecto, que es el habla del vulgo. Pero siendo el pueblo argentino bien civilizado, no le faltaría el trabajo de unos escritores sabios que modificarían todo lo que sabe á heterogéneo con el torno de la lengua más prevaleciente.

Lo que ha chocado más al Sor. Teofrasto es la confesión generosa del Sor. Gutiérrez de la inhabilidad de su país para intentar siquiera la inmovilidad de la lengua nacional. Pero no sé de qué manera pueda chocar-

de, estando él mismo atestiguan que las lenguas son el reflejo de la civilización de las naciones.

La civilización se puede considerar en general, y en particular: ella, bajo el primer aspecto, después de Jesucristo, está en continuo progreso; y, bajo el segundo, precede siempre como una línea parabólica, esto es, nace, crece, está, decae y muere, como la vida humana. Ninguna pues de las civilizaciones puede quedarse inmóvil, y cómo podría alcanzarse la inmovilidad de su reflejo, que es la lengua? La lengua que no adelanta con el adelantamiento de la civilización, no puede nombrarse viva, sino muerta. Y esto no es juicio del Sor. Gutiérrez, sino de todos los más doctos etnógrafos, y señaladamente del católico César Balbo, en la obra que lleva por título *Pensamientos de Italia*: ántes bien es tan antiguo como la misma antigüedad. Acuérdesse Ud. de lo que decía el segundo padre de la Estética, Horacio:

.....Si forte necesse est
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter

Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,
Prima cadunt: ita verborum vetus interit actas
Et ritu juvenum florent modo nata vigentque.

.....Mortalia facta peribunt:
Nedum sermonum stet honos et gratia vivax.
Multa renascentur quæ jam cecidere; cadentque
Quæ nunc sunt in honore vocabula.

Mas, querido amigo mio ¿Con qué cara puede Ud., bajo el nombre de Teofrasto, quiero decir bajo el título de académico, hablar de la inmovilidad de la lengua castellana, cuando la academia no es ya el campecillo de Academo, sino una navecica, que, queriendo llevar la gran carga de la lengua nacional, y no pudiendo sin echarse á pique, á cada rato hace una libación de las mejores palabras á la diosa de la antigüedad? Mientras que todas las naciones de Europa trabajan incansablemente

para enriquecer su idioma paterno; sólo la Academia de España, admitiendo *in jura paterna* millares de neologismos, ha desheredado casi la mitad de las palabras criadas por sus clásicos. El diccionario de la Academia parece una ciudad que ha sido sacudida por el terremoto: en donde las pocas casas que quedan, se levantan en medio de muchos escombros. ¡Ah! no me hable de inmovilidad un académico.

La tercera proposición del Sor. Gutiérrez es que *el uso del vulgo es la ley suprema en materia de lenguaje*. Ni tampoco esto me parece que sea un juicio del escritor argentino, sino de Horacio Flaco, cuando dice:

Multa renascentur quæ jam cecidere; cadentque
 Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
 Quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi.

Toda la dificultad puede caer sobre la palabra *vulgo*, que no se encuentra en estos versos horacianos; ni puede encontrarse siendo Horacio, como todos los patricios ó caballeros romanos, enemigos del vulgo, según el mismo Horacio manifiesta en la Oda 1.^a L. 3:

Odi profanum vulgus et arceo.

Está bien, Sor. Teofrasto; pero tenga Ud. la amabilidad de oírme un ratito, y verá cuan pequeño sea este embarazo. Ambos sabemos que casi en todas las lenguas hay una diferencia entre la lengua docta y la vulgar. ¡Ojalá no existiera esta diferencia! entónces el pueblo fuera verdaderamente pueblo, y no vulgo. Pero, dígame Ud., ¿en qué consiste esta diferencia? Puede ser en que los sabios tengan un lenguaje exclusivamente propio, sin que nunca haya sido hablado por el vulgo? Amigo mio dulce, para dar en el chiste con una contestación, es menester reflexionar dos cosas, el origen de la lengua, y la prioridad del vulgo en el tiempo. No pudiendo el hombre pensar sin el instrumento reflexivo de la palabra, claro es que ésta no puede ser un efecto del entendimiento humano, sino de una revelación primitiva. Y no pueden

do lo perfecto anteceder á lo imperfecto, segun el órden de la naturaleza, es claro que el vulgo ha de preceder á la casta de los sabios. Por consiguiente, no pueden los doctos hablar una lengua, que no haya sido ántes hablada por el vulgo. Bien es verdad que los doctos escojen, purifican y conservan mayor número de palabras, de las cuales el vulgo se olvida: bien es verdad que á veces, para significar una cosa nueva, unen dos ó tres palabras, que ordinariamente sacan de una lengua madre, segun el precepto horaciano:

El nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Græco fonte cadent, parece detorta:

sin embargo no pueden sacar de su cabeza una palabra sola que no haya estado originariamente en boca entre el vulgo.

Vámos á la cuarta proposicion, que es esta: *se han mezclado las lenguas como las razas.*

El Sor. Teofrasto, haciendo la reseña de los disparates, como él cree, del Sor. Gutiérrez, ha llamado la atención de los lectores aun sobre esta proposicion. Mas despues, por falta de memoria, ni tampoco una palabra nos ha dicho para demostrar en qué consista este disparate. ¡Disparate! Es preciso quemar la historia para empezar á poner en duda la verdad de esta proposición. ¿No se ha mezclado quizas la lengua arábica con la persiana y ha formado la lengua turca? ¿No se ha mezclado el idioma latino con el de los Godos, de los Unos, de los Alanos; de los Taifalos, de los Sármatas, de los Longobardos, y ha dado á luz la lengua italiana? No se ha mezclado el idioma de Castilla con el de Arabia, y ha parido la lengua de Cervántes, en la cual sólo un sordo puede no oír la aspiracion arábica, señaladamente de la jota, del ge y del gi? Pero no hablemos ya sobre este asunto para no ofender la sagacidad del Sor. Teofrasto, *cuyus non sum dignus corrigiam celceamenti solvere;* y acabemos breve para no atormentar la paciencia de nuestros lectores, diciendo sólo una que otra palabra sobre la quinta proposicion, que está concebida en estos términos: *Los que han cultivado la inteligencia con esmero,*

no tienen títulos para purificar la lengua hablada en el siglo de oro.

Todo el que no sea majadero, á vuelo comprende que esta proposición no es sino una aplicación de la cuarta, en la cual está dicho, que el uso es la ley suprema en materia de lenguaje: *quem pones arbitrium est, et jus, et norma loquendi*. Con esta lógica con que procede el Sr. Gutiérrez, veo bien que él no es un farol atado á la cola de una cometa.

Los hombres que cultivan verdaderamente la lengua, la estudian en los escritores del siglo de oro y según el uso reinante en el propio siglo. La estudian en el siglo de oro, porque en aquella época el idioma patrio recibe el mejor y mayor desarrollo. La estudian según el uso del tiempo en que viven, para no caer en una caricatura. En todo caso no son ellos los que tienen derecho de purificar la lengua hablada en el siglo de oro; sino han de seguir lo que está en boga. Si no fuera así, se verificaría que el patrimonio más precioso de una nación, que es la lengua, estaría entregada al capricho de una casta. Digo capricho, porque en materia de lengua, quitándose la ley suprema que es el uso, otro criterio no quedaria sino el capricho individual. Además, no estando los hombres que cultivan la inteligencia unidos por un criterio único y común á todos, cada uno juzgaría como le da la gana; y entonces acontecería en la lengua lo que dice Ovidio de sus dioses.

Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Apollo,
Aequa Venus Teucris, Pallas iniqua fuit.

No niego que los hombres esclarecidos puedan introducir una que otra palabra nueva, cuando el menester lo pide. El mismo Horacio quiso este derecho, cuando dijo:

.....Ego cur, adquirere pauca

Si possum, invidior?

Pero entonces es la necesidad la que hace doblar la cabeza al pueblo delante de un nombre bautismal dado por un sabio á lo que antes no existía, ó no era conocido. Y el sabio, para alcanzar la fe nacional, no saca

ese nombre de su cabeza, sino lo deriva de otras palabras, que ya están en uso en la lengua madre, cumpliendo así con el precepto horaciano:

Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem;
si Græco fonte cadent parce detorta.

No niego que la conservacion del buen uso sea debido á los buenos escritores: porque son ellos quienes estudiando profundamente la lengua, la desarrollan y aplican segun su propiedad más que los que la hablan sin estudiarla. Mas niego que ellos tengan el exclusivo derecho de criar el uso, y castrar las obras de los grandes barones que han criado la literatura castellana. Y aquí no puedo dejar de quejarme de nuevo contra la Academia y los Académicos, quienes, en lugar de velar sobre el uso del idioma castellano, que ha sido consagrado por las plumas de Cervántes, Calderon, Lope de Vega, Luis de Granada, Luis de Leon y de tantos otros, han sepultado la mitad del diccionario castellano en una tumba á la que han dado el nombre de anticuado. Y no me digan que todas aquellas palabras son verdaderamente anticuadas; en cuanto que ya no están en uso; pues la falta no es sino de los escritores que no las han usado, conservando así en el pueblo la memoria del idioma que ha sido hablado en el siglo de oro. ¡Oh! no me diga esto un hijo del Ecuador, en donde se habla un lenguaje más castizo quizas que en la misma Castilla; y en donde se escuchan de la boca del pueblo millares de palabras y modos de decir que han sido usados por los clásicos, y enterrados por la Academia.

Acabo; amigo Teófrasto, pidiéndole perdon á Ud. en caso de que se me hubiese escapado alguna palabra descomedida; mis intenciones han sido rectísimas. Lo que me ha impelido á escribir ha sido el ver sentado su artículo de Ud. contra el Sor. Gutiérrez en el primer número de un periódico que lleva el nombre de "Civilización Católica." La Civilización Católica no se alcanza con una arma de partido; no arrastrando en el lodo á hombres que están rodeados del respeto universal; no envol-

viendo la religion en riñas políticas y literarias; no arrojando chanzas y chistes voltairianos; no sacando *fumum ex fulgore*; no despertando contra nuestra religion santísima iras y rencores. Ud. todo lo tiene para ser un verdadero civilizador católico: tiene genio, decente fortuna, amor ardiente al trabajo, corazon generoso, religion profunda: sólo una cosa le falta: el no saber manifestarse aquel Católico que verdaderamente lo es.

RAIMUNDO T. M. PELLICCIOTTI:

Latacunga, á 8 de mayo de 1876:

—————

Latacunga, mayo 17 de 1876.— Imprenta del Colegio;

POR MANUEL CRUZ: